

NORBERTO BOBBIO

Desde la traducción de *Quali alternative alla democrazia rappresentativa?* (Mondoperaio 10, 1975), los lectores en lengua castellana conocen a Norberto Bobbio, sobre todo, como estudioso de la teoría del Estado. No son tan conocidos sus trabajos sobre

ideología o cultura y son pocos, muy pocos, los que conocen a este autor como uno de los teóricos de la no violencia en Italia.

Sin embargo, Norberto Bobbio está ligado a la discusión sobre la problemática de la paz, al menos desde que

acabó la Segunda Guerra Mundial. Ya en 1952 publicaba el artículo *Pace e propaganda di pace* que habría de tener un fuerte impacto en la izquierda italiana, entre otras razones porque venía a ser prácticamente la única voz que se alzaba contra el movimiento de los Partisanos de la Paz, organizado por el PCI en el clima de la guerra fría para defender a la Unión Soviética. Bobbio afirmaba que un movimiento por la paz debería ser autónomo respecto de las dos superpotencias surgidas de la guerra. Y afirmar eso en 1952 suponía no ver la evidencia de «la patria socialista cercada por el imperialismo americano».

Norberto Bobbio se sentía mucho más próximo de los movimientos tipo gandhianos, como el propuesto por el católico progresista Aldo Capitini, que organizó la marcha por la paz de Perugia a Asís en 1961. «Yo fui muy amigo de Capitini —dirá Bobbio—, lo seguí en su actividad intelectual, cultural y política; participé en la marcha por la paz de 1961, que ya en aquel tiempo fue una marcha contra la ética de gran potencia, en nombre de la no violencia».

Por esta razón, cuando la izquierda organiza de nuevo, en 1981, la marcha por la paz de Perugia a Asís, el único orador que cierra la andadura es Norberto Bobbio. Bobbio también será uno de los ocho firmantes que apoyan la convocatoria de la Bertrand Russell para reunir en Roma a los representantes de los movimientos pacifistas y las fundaciones de estudio de toda Europa. Y es con motivo de ese encuentro cuando conversamos con él sobre la nueva situación planteada en Europa.

Hay que advertir que la conversación se mantiene antes de que Reagan haga su sorprendente cambio de discurso acerca de la posibilidad de no instalar los misiles nucleares de teatro en Europa y, por tanto, antes del encuentro de Brejnev con el canciller Helmut Schmidt en Bonn, y la reunión en la cumbre prevista para el 30 de noviembre en Ginebra.

No obstante, yo soy de la opinión de que pocas de las afirmaciones hechas en la entrevista merecen ser modificadas. Incluso Bobbio apunta la posibilidad de que el vigor del movimiento pacifista en Europa pudiera tener el efecto de cambiar el discurso de las superpotencias. La esperanza que se ha abierto —sin que pueda afirmarse que concluirá en acuerdos efectivos— no disminuye tanto el riesgo de la dialéctica nuclear. En todo caso, los movimientos pacifistas son un dato fundamental en el clima que ha preparado dicha esperanza. Y es sobre este papel por donde comenzamos la conversación. ¿Cuál es el análisis general que puede hacerse de la explosión del movimiento pacifista europeo, especialmente durante 1981?

BOBBIO.—Indudablemente esta explosión es una respuesta a la línea adoptada por la nueva administración norteamericana respecto a la carrera de armamentos. Los dos motivos principales han sido la decisión de instalar nuevos misiles en Europa y la posible fabricación de la bomba de neutrones, pero no han sido los únicos. Considero que hay un presupuesto más general: que la gente común, independientemente de los partidos, de las organizaciones políticas y sindicales, está

adquiriendo conciencia de que hemos llegado a una situación que podríamos llamar límite, después de la cual sólo existe una catástrofe sin precedentes, puesto que el aumento del armamento atómico, cada vez más destructivo, más mortífero, ha transformado por completo la idea de guerra...

—¿Podría ampliar la afirmación: «...la gente, independientemente de los partidos»?

B.—Yo diría que hoy los movimientos por la paz pasan a través de los partidos y, en parte, también los sobrepasan, aunque los partidos los apoyen, intenten atraérselos hacia sí o también los combatan e intenten desacreditarlos, según estén a favor o en contra de sus intereses. Digamos que ésta es la impresión que yo saqué después de participar en la marcha de la paz de Perugia a Asís, el 27 de diciembre, y después de ver las últimas manifestaciones en Italia. Es decir, que es la gente la que ha comenzado a darse cuenta de que si las grandes potencias se lanzaran a una tercera gran guerra, sería la catástrofe. Para que quede aún más claro lo que quiero decir, yo creo que además de factores de coyuntura, como la vuelta a la carrera armamentista iniciada con la nueva administración Reagan, existe también una nueva conciencia ciudadana sobre este problema de la seguridad.

—Sin embargo, se hacen críticas importantes a este movimiento. En primer lugar se dice que es un movimiento profundamente heterogéneo...

B.—Pues yo creo, en cambio, que existe un fondo común a pesar de la heterogenei-

dad, que está constituido por ese nuevo estado de conciencia a que me acabo de referir...

—Es decir, que el único punto común sería el miedo.

B.—Sí, ciertamente, pero eso significa también algo más amplio: la conciencia de que la llamada doctrina del terror, hoy, es popularmente rechazada.

—Otra puntualización es la referida a que este movimiento es más crítico con respecto a Estados Unidos que a la Unión Soviética...

B.—Esto no es tan cierto como dice cierta prensa. Existe un significado profundo en este movimiento que es el de estar por encima de las posiciones de las dos superpotencias. En la marcha de Perugia, por ejemplo, la gran mayoría de los jóvenes no seguían la política exterior de ningún partido y no están ni con unos ni con otros...

—¿Y el peligro de instrumentación a que aluden algunos líderes del PSI?

B.—El peligro a la instrumentalización siempre existe. Pero ese peligro no tiene por qué impedirnos que nos expresemos y que actuemos según nuestra conciencia. En un mundo en que existen ideologías contrapuestas, es imposible sostener ninguna tesis sin que pueda coincidir, total o parcialmente, con uno u otro grupo político, el cual enseguida aprovechará la ocasión para llevar el agua a su molino. Para evitar ese peligro siempre hay una solución: quedarse callado. Por otra parte, la realidad no apunta en esa dirección. Hace falta tener en cuenta que ni en Ale-

mania, ni en Inglaterra, ni en Holanda el Partido Comunista tiene una posición política relevante y, sin embargo, es ahí donde surgen fuertes movimientos pacifistas. Yo creo que este movimiento nace de la sociedad y de los propios partidos socialistas o laboristas. Responde a un sentimiento que viene de la base y que significa que la gente quiere decir basta a la dinámica de guerra.

—*Existe otra crítica quizá más sutil. La que, refiriéndose a la experiencia histórica, recuerda que el movimiento pacifista de los años treinta debilitó a Europa occidental frente al rearme de Hitler. Es decir, que más allá de la neutralidad subjetiva del movimiento pacifista, los países totalitarios suelen salir ganando.*

B.—Esta me parece una crítica más justa. En varias ocasiones he dicho que nuestro problema, el problema de quienes estamos de parte de los movimientos pacifistas, consiste en suscitar movimientos análogos en los países del Este. Porque es obvio que existe un desequilibrio: en Occidente podemos manifestar nuestro rechazo y en el Este tales manifestaciones no pueden producirse, y si se producen lo hacen con un contenido oficial. Pero en este sentido, nosotros tenemos una responsabilidad mayor: hablar no sólo en nombre de quienes saben o no cuál es la situación de peligro en que se encuentra la humanidad, sino también hablar por quienes no pueden hacerlo. Soy perfectamente consciente de que la cuestión es, de todas formas, tratar de unir nuestras voces a las del otro lado. Pero algo se mueve ya en ese sentido. Se ha visto

cómo en Alemania Oriental algunos intelectuales no oficiales, como Havermmman, toman iniciativas en este sentido.

—*Para acabar con el tema de las críticas al pacifismo, hay que mencionar la que hace de fondo el PSI: se exagera el peligro de la guerra. Fueron muy comentadas unas declaraciones de Craxi sobre la poca relevancia de los peligros para la paz que le valieron la calificación de pertenecer al grupo de los que minimizan...*

B.—Para mí está claro que los que minimizan están obligados a justificar, sobre todo, su postura política; es decir, tienen que tener en cuenta casi exclusivamente las *compatibilidades* del sistema político en el que están introducidos, y a dicha exigencia se encuentran obligados, incluso, a sacrificar su buena fe. Como he dicho en una entrevista a *Lota Continua*, se trata del fenómeno de la racionalización póstuma de una acción que te obliga (incluso, quizá, en contra de tus más profundas aspiraciones) a buscar motivos con que presentarla frente al público, como algo aceptable y legítimo. Los peligros son realmente gravísimos y no me parece que es el caso de minimizar. En 1968, hace más de diez años, casi todos los países firmaron el tratado para la no proliferación de las armas nucleares; pues bien, a pesar de eso, los armamentos atómicos han crecido desmesuradamente. Eso quiere decir que existe una lógica de fuerza irrefrenable que, sin vacilaciones, se dirige hacia sucesos dramáticos. *Minimizar* quiere decir desconocer este proceso, quiere decir no darse cuenta que el Salt I (firmado en 1972) se ha quedado en agua de bo-

rrajas; teóricamente, ese tratado tendría que haber permitido a las dos superpotencias limitar recíprocamente su armamento atómico, hasta la destrucción equilibrada de parte de sus arsenales: ¡ahora todo está parado! Si se mira a la política internacional, no se puede minimizar en absoluto. Se ha hablado de «equilibrio del terror», pero, ¿qué equilibrio? Aquí tenemos un desequilibrio permanente: cada uno de los dos adversarios teme ser inferior al otro (y quiere ser superior), y en cuanto da un paso adelante en la producción de nuevas armas, es rápidamente alcanzado y superado por el otro, como en *una carrera* que cada vez reduce más el umbral de *alarma* y de choque final. Se trata de la condición descrita en el «Estado de naturaleza» de Locke, con esos dos adversarios que se enfrentan sin un juez *super partes*, sin una instancia superior capaz de establecer en dónde está la razón y en dónde la equivocación y eliminar, de alguna forma, el conflicto; el resultado final de esa condición es la guerra de todos contra todo, posturas especulativas de *excesos de autodefensa* que provocan un irrefrenable y perverso mecanismo de recíproca destrucción. Hoy en día nadie puede establecer quién tiene razón y quién está equivocado, quién ha empezado y quién se ha adaptado, entre la URSS o EE.UU.: las dos *superpotencias* tienen un tal rango que se sustraen a toda clase de juicio que no sea el de su arbitrio. Por esa razón, no se trata tanto de un problema de *información* sobre la efectiva superioridad militar de uno o de otro de los dos adversarios (las cifras se desmienten y se anulan recíprocamente), sino

de conciencia racional de que ese proceso, en el caso de que no se pare, llevará inevitablemente a la destrucción recíproca. Resulta tan obvio que hay que hacer cualquier cosa para acabar con esa situación, porque realmente se pierde uno por la irracionalidad de quienes hoy gobiernan a los hombres.

—Pero, dicho más brevemente, ¿la posición del PSI guardaría relación con el hecho de que está participando en el gobierno y, precisamente, con la titularidad del Ministerio de Defensa?

B.—Bueno, otros partidos de la Internacional Socialista tiene esa situación y no actúan de igual forma. Yo lo explico por el hecho de que los demás partidos socialistas tienen más libertad de perseguir una política pacifista, que, además, está en la tradición del socialismo europeo, sin temor a que le acusen de hacerle el juego a los comunistas. Es decir, que ellos no tienen un partido comunista con la fuerza del PCI a su lado.

Por otra parte, encuentro en la clase política italiana, y, principalmente en el gobierno, una actitud de confianza y excecpticismo excesivos... Más bien considero que la categoría que mejor los define es la del *optimismo fatuo*. Max Weber decía que el hombre político, sobre todo, tiene que ser *previsor*; es decir, tiene que fijarse en las consecuencias de las consecuencias. En cambio, la *leadership* política italiana parece limitarse siempre a lo inmediato, al pequeño cabotaje: a los votos, a las elecciones, declarando de esa forma toda su desoladora mediocridad. Sobre todo por lo que tiene que ver con un proceso de corrupción que, desa-

fortunadamente, parece generalizarse de manera progresiva hasta el punto de implicar cada vez a nuevas formaciones políticas. Pero, en este sentido, no tengo ninguna propuesta alternativa que sugerir. Las reglas del juego constitucional no se pueden superar y dichas reglas sólo prevén un sujeto político, precisamente los partidos. Es verdad que esas reglas del juego no son eternas y «siempre hay que ponerlas en cuestión» (Asor Rosa); pero necesito que me indiquen cuáles son las reglas que hace falta guardar y cuáles hay que tirar. Sin embargo, me parece que la izquierda (Agnoli) se limita a contraponer sólo *paciencia e ironía*, sin sugerir más reglas. La URSS no constituye una alternativa, siendo ese un país en el que no se dan reglas del juego, a no ser el absoluto arbitrio. Sigue siendo valedera la teoría que si la *gran evolución* acaba en Breznev, entonces sí merece la pena quedarnos con nuestra democracia, aunque esté *podrida*. Repito, es preciso quedarse dentro del actual marco constitucional; tocarlo, sin más alternativas, constituye un camino muy peligroso que nos llevará a correr el riesgo de renunciar incluso a esas limitadas reglas del juego (libertad de opinión, voto secreto, voto periódico, etcétera), que todavía nos garantizan. El sufragio universal dentro de los partidos ha proporcionado *intermediarios* indispensables entre una opinión pública pluralista y diferenciada y el sistema político.

¡Buscad a otros posibles intermediarios! Yo no tengo fantasía... existen nuevos movimientos, pero el nudo sigue siendo el mismo: ¿cómo pueden ellos introducirse en el marco constitucional? El mo-

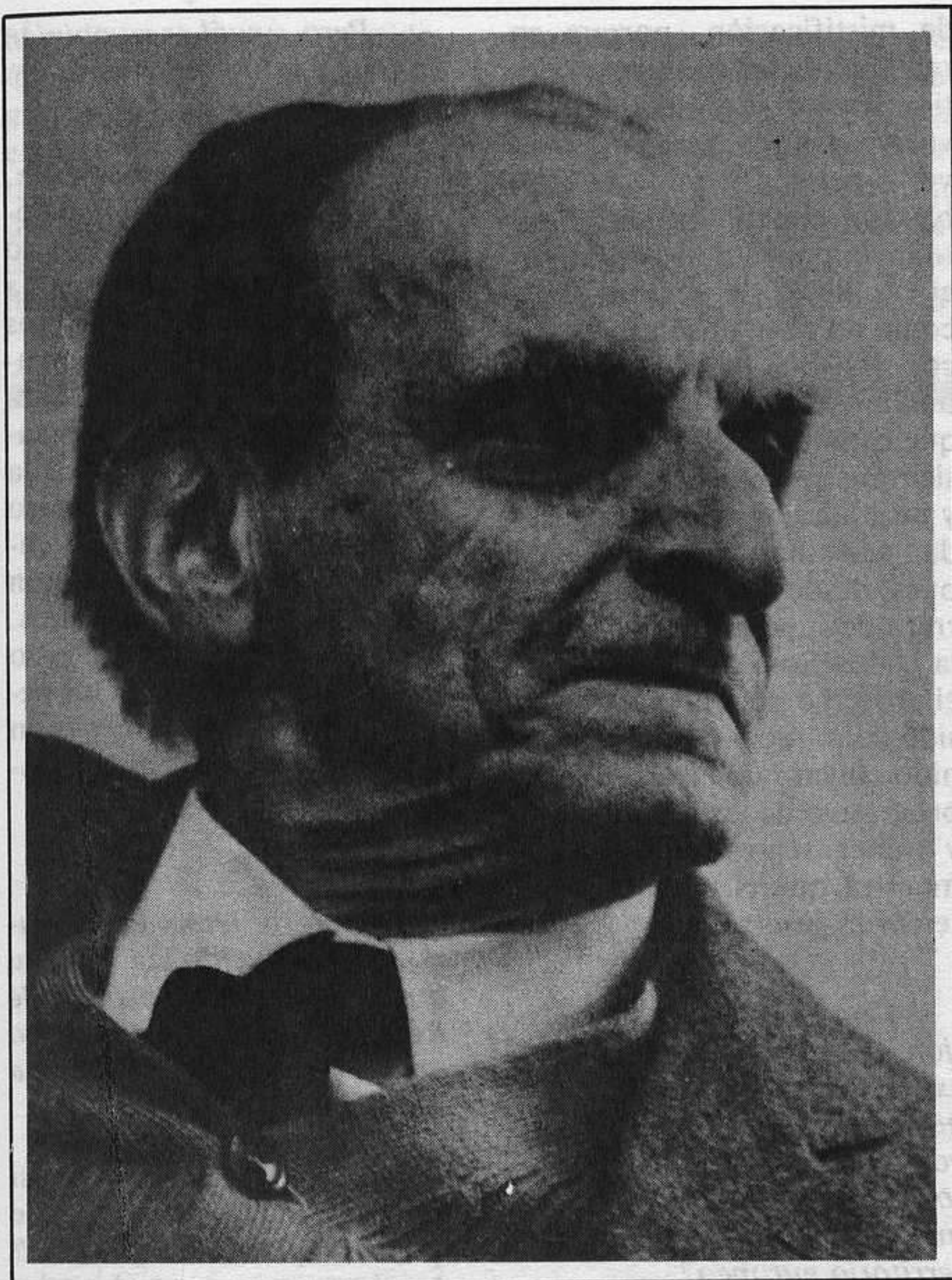
mento crucial siempre está en la transformación del movimiento en partido (como, por ejemplo, los *verdes* en Alemania, los radicales en Italia, etcétera).

La misma *alternativa de izquierdas* que hoy, a mi juicio, parece la única salida en condición de sustraer el nuevo marco político italiano a un inmovilismo ruinoso, se hace muy difícil a raíz del deterioro de la relación PCI/PSI, una relación exacerbada sobre todo por razones de política exterior (con una base del PCI todavía filo-soviética y un PSI más filo-americano) pero, sobre todo, por una serie de incompatibilidades personales y políticas.

—Otro problema que se plantea es cómo dotar de un programa mínimo a este movimiento por la paz. ¿Puede ser una solución la opción cero?

B.—Bueno, es cierto que hasta ahora no existe ningún programa mínimo. Es útil la discusión para llegar a esto. Yo diría que en un principio la postura de estos movimientos de la paz ha sido más negativa que positiva. Es lo que he dicho ya: *no* a la guerra.

Para llegar a propuestas positivas creo que todavía hace falta dar algunos pasos. Sería preciso que esos movimientos por la paz se confrontaran entre ellos. Como se sabe, en Italia existen determinadas diferencias incluso dentro de los partidos de izquierdas, entre la postura del Partido Comunista y la del Partido Socialista. El Partido Comunista enseguida ha dado su apoyo, con firmeza, a los movimientos por la paz. En un primer momento el Partido Socialista los ha mirado con suspicacia. Ahora, en un se-



gundo momento, me parece que también el Partido Socialista en Italia mira a estos movimientos con más interés. Pero, en todo caso, si el movimiento por la paz quiere resultar eficaz, tiene que ponerse por encima de las posiciones de las dos superpotencias. Si el movimiento por la paz es partidario de unos o de otros, por fuerza ha de quebrar. Para mí, éste es el punto esencial.

—Y, ¿qué piensa de la teoría del desarme unilateral que propone el Partido Radical?

B.—Yo estoy en contra, porque considero que esto

rompe los equilibrios a favor de la Unión Soviética. Y ya he dicho que hay que guardar el equilibrio como algo fundamental. Esta es, de todas formas, una vieja batalla entre los seguidores del Movimiento no violento italiano. En Italia existe un Movimiento no violento que se remonta a Aldo Capitini, no sé si eso se conoce. Yo fui muy amigo de Aldo Capitini, lo seguí en su actividad intelectual, cultural y política; participé en la primera marcha de Perugia por la paz, en 1961, que quiso Capitini y que ya en aquel entonces fue una marcha en contra de la ética de potencia, en

nombre de la no violencia. Capitini estaba muy relacionado con los movimientos gandhianos de la no violencia, para alejarse de los movimientos por la paz nacidos después de la Segunda Guerra Mundial, los llamados *Partisanos de la Paz*, movimiento muy desarrollado en Italia por obra del Partido Comunista, durante los años de la guerra fría y que, por decirlo de alguna forma, era muy partidista. Los *Partisanos de la paz*, en realidad, eran partidarios de la Unión Soviética, porque creían que la única potencia verdaderamente imperialista eran los EE.UU. Yo puedo, incluso, entender que en aquel entonces uno podía tener este género de ideas. Pero hoy ya no se puede apoyar semejante tesis; aquí está la diferencia. Eran los años en los que los EE.UU. lanzaron la bomba atómica, eran, indudablemente, más potentes que la Unión Soviética, acababan de inaugurar su armamento atómico, cuando la Unión Soviética todavía no lo tenía. En aquel entonces se podía entender que existieran unos *Partisanos de la paz*, que, como digo, en realidad eran partisanos de la Unión Soviética. Pero yo había tomado ya mis posturas netas con respecto a los *Partisanos de la paz*. Escribí un artículo en contra de dichos partisanos, que luego tuvo mucha resonancia. Este artículo apareció en uno de mis libros titulado *Política e cultura*, publicado en 1955, del que hace poco se ha sacado una nueva edición. Se trata de una polémica con los comunistas italianos, que en aquél entonces eran estalinistas; obviamente una polémica amistosa. Porque consideraba que era necesario ponerse por encima de se-

paraciones entre los dos bloques. Es decir, se oponía a los *Partisanos de la paz* en cuanto que partidarios de uno de los dos adversarios. Siempre he creído que el movimiento pacifista tiene que ser un movimiento pacifista integral.

—*Cuando los radicales hablan de la necesidad del desarme unilateral, tienen un argumento de base: que es imposible establecer cuál es el justo equilibrio.*

B.—Estoy perfectamente de acuerdo. ¿Cómo se puede establecer el justo equilibrio? Desde luego nosotros no lo sabemos. Además, nosotros no sabemos en absoluto si hay equilibrio o desequilibrio. Si escuchamos a los unos, nos dicen que el potencial americano es superior al de la Unión Soviética; si escuchamos a los otros nos dicen que los rusos son superiores a EE.UU. Quizá nadie lo sabe exactamente, porque las grandes potencias intentan esconder los medios de los que se servirían para destruir al otro. Hoy en día, uno de los desarrollos técnicos tiene que ver con la tecnología armamentística, pero también tiene que ver con la potencia, con la invulnerabilidad y, como tercer componente, con la incontabilidad del armamento. Se trata de construir armas cada vez más potentes, cada vez más invulnerables y más incontables. Existe entonces una dificultad objetiva de decir exactamente si tienen la razón la Unión Soviética o los EE.UU.

Lo que nosotros hemos constatado es que, en la realidad, la doctrina del equilibrio del terror es una doctrina falsa, que conlleva una especie

de mistificación, porque en realidad dicho equilibrio continuamente se desequilibra y vuelve a equilibrarse a un nivel superior. Si pudiera establecerse el equilibrio estático, todavía podríamos confiar en el equilibrio del terror; pero, como no es en absoluto estático, sino que es un equilibrio dinámico, eso quiere decir que cada una de las potencias siempre se considera inferior y necesita construir armas cada vez más potentes. Así pues, desde que empezó la carrera de superpotencias, entre la Unión Soviética y EE.UU., el progreso de armamentos ha sido continuo y siempre ha tenido lugar un re-equilibrio progresivo de los armamentos y nunca regresivo. Esto demuestra que el equilibrio del terror es inservible.

—*Con respecto a esta cuestión, y precisamente porque existe dicha dificultad de conocer el equilibrio, ¿es práctico y válido para el movimiento pacifista el objetivo de eliminar las armas de teatro del territorio europeo?*

B.—Claro que es válido. Es válido eliminar las armas de teatro, siempre que se acuerde dicha eliminación por parte de EE.UU. para conseguir la supresión o, por lo menos, algunas declaraciones favorables a la eliminación de los misiles soviéticos que apuntan hacia Europa. En el caso de que el movimiento por la paz demuestre una mayor sensibilidad hacia los armamentos de EE.UU. que hacia los de la Unión Soviética, en mi opinión, dicho movimiento se vendría abajo. Este movimiento es un blanco fácil de los argumentos de quienes piensan que debilita a Europa.

—*Pero, ¿cuál es su opinión concreta sobre la llamada opción cero...?*

B.—Bueno, si se es realista, ésta no puede ser sino una opción a largo plazo. Por decirlo brevemente, yo creo que, a corto plazo, los movimientos por la paz pueden, pura y simplemente, obligar a que cambie el discurso de las dos superpotencias, contribuir a la aceleración de un encuentro entre ambas y quizá un eventual acuerdo entre la Unión Soviética y Estados Unidos. Lo cual no sería poco, puesto que significaría iniciar un período de mayor distensión después de la crisis que arrastramos desde los setenta.

—*El otro tema en discusión, introducido de manera brutal por los asesores de Reagan, es si es posible o no una guerra nuclear limitada a Europa.*

B.—La verdad es que si opinara sobre eso me parece que haría profecías. ¿Posible? A mí me parece más bien indeseable. Pero no puedo dar una respuesta categórica al respecto.

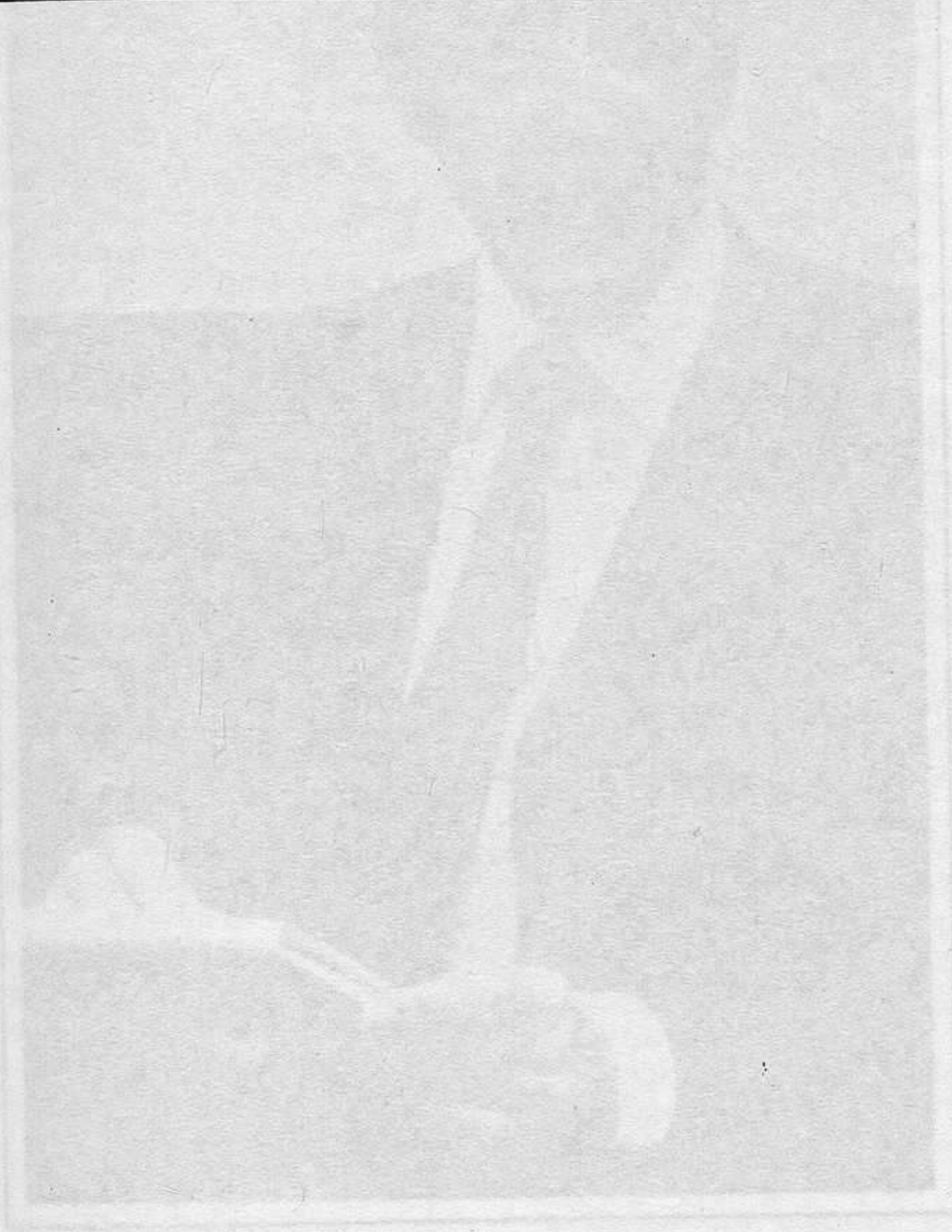
—*Con el surgimiento de los movimientos pacifistas, han vuelto a plantearse las expectativas sobre una Europa fuerte que rompa la bipolarización o, al menos, que establezca un área con cierta autonomía respecto a las dos superpotencias. ¿Podría el pacifismo europeo actual contribuir al desarrollo de esa Europa políticamente unida e independiente?*

B.—Podría, pero no creo que el movimiento por la paz tenga consecuencias políticas

inmediatas en este sentido. Quizá la mayoría de sus integrantes ni siquiera se plantean esta cuestión en el plano político. Y es necesario hacer la distinción entre el movimiento por la paz, que unifica de hecho a Europa, pero como

movimiento de opinión, y el movimiento federal europeo, que es un movimiento político con un determinado programa, tenaz y coherentemente logrado en estos últimos cuarenta años, pero que, paradójicamente, nunca ha sido un

movimiento popular. Incluso si recordamos, en el cuarenta aniversario del Manifiesto de Ventotene, que éste nació como un proyecto de crear una Europa unida, frente a las dos superpotencias que saldrían ganando al final de la guerra.



MICHAEL
VOSLENSKY

Voslensky es un historiador que, por sus inimitables juicios sobre el curso de la Revolución, earned la reputación de los historiadores y del poder de este país. Desde de la revolución rusa, el profesor Voslensky ha estado en el Comité Central del PCUS, en el Comité Central de la Paz, en la Academia de Ciencias y en fin, cuando se le nombró jefe del departamento de historia de la Universidad de Moscú. Es un intelectual, extremadamente riguroso y honesto. En sus obras para occidentales, revela principios de los que habla, dice a menudo un Instituto de Investigaciones sobre la URSS en Moscú (RIA). En infinidad de ocasiones, Voslensky está considerado como uno de los más eminentes sociólogos. Es un gran conocedor del marxismo, cuyo conocimiento histórico y actual de los análisis acerca de muchos aspectos.

Para el autor, la obra de Fructos, con su rigor y alta metodología propios del marxismo, la existencia de una clase social que dispone políticamente del poder absoluto en un país en el que, por de otro lado, no hay un movimiento popular, no ha podido constituirse en un poder como actualmente el socialismo. Este es el